







Los rotos

FACTOTUM  
EDICIONES

Los rotos

Los rotos : 18 fábulas desde el infierno libertario. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Factotum Ediciones, 2026.

144 p. ; 21 x 13 cm.

ISBN 978-987-4198-81-5

1. Literatura Argentina. 2. Antología de Cuentos.

CDD A860

---

© Daniela Aginsky, Cecilia Azzolina, Sebastián Basualdo, M<sup>a</sup> Inés Bedia, María Belgrano, Julia Coria, Matías de Rioja, Inés Hopenhayn, Federico Jeanmaire, Haidu Kowski, Emmanuel Lorenzo, Luis Mey, Francisco Moulia, Hernán Pueyrredón, Lala Sosa, Ariel Toledo, Marcelo Utje, Debret Viana, 2026 (no necesariamente en ese orden)

© Factotum Ediciones, 2026  
Pasaje Rivarola 115 (1015)  
Buenos Aires, Argentina  
[www.factotumediciones.com](http://www.factotumediciones.com)

Coordinación editorial: Debret Viana

Edición: Fátima Nieves García

Fotografía de tapa: Javier Milei en el balcón de la Casa Rosada

ISBN 978-987-4198-81-5

Libro de edición argentina.

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



Los rotos

18 fábulas desde  
el infierno libertario

FACTOTUM  
EDICIONES



Luis MEY

Lala SOSA

Julia CORIA

Ariel TOLEDO

Debret VIANA

Marcelo UTJE

Haidu KOWSKI

M<sup>a</sup> Inés BEDIA

Matías DE RIOJA

María BELGRANO

Cecilia AZZOLINA

Inés HOPENHAYN

Daniela AGUINSKY

Francisco MOULIA

Federico JEANMAIRE

Sebastián BASUALDO

Emmanuel LORENZO

Hernán PUEYREDÓN

FACTOTUM  
EDICIONES

## Nota de envío

La rotura es la costura que une las partes desahuciadas de una sociedad convaleciente. Algo se nos rompió, de un tiempo a esta parte, del lado de afuera y del lado de adentro, y ese lugar que hicimos entre todos, la realidad, se volvió una distopía abominable.

Estamos en ese peculiar intervalo gramsciano: el mundo nuevo todavía no nace y el mundo viejo no termina de morir. Es, lo dicen muchos, el territorio más fértil para los monstruos; y si bien no es seguro que el mundo viejo caiga sin llevarnos puestos, como tampoco es del todo claro si el mundo nuevo vale la pena (lo que desde aquí se ve es fétido y hediondo), pensamos esta antología como un intento de articular las aristas del presente desde la arcilla más cargada de profecía que teníamos a mano: la ficción.

Desde luego, tuvimos que lidiar con dificultades. Tan atroces son estos tiempos, tan inverosímiles en su disparate, que narrarlos presupone una obra literaria obtusa, cacofónica e ilegible. No es sencillo contar el tornado cuando estamos siendo arrasados por él. Pero la literatura no es solo un modo de reponer lo real, ni tampoco (solo) un modo de comprender lo que pasa. Es también una manera de vislumbrar lo no visible. Por eso nos arrojamamos a la tarea incómoda de intentar darle un lenguaje a

estos días hostiles. La premisa era espinosa: hablar antes de que sea tarde; no retratar, por ejemplo, el 2001 desde la comodidad del futuro, en el que el caos del momento ya se asentó, sino darle lugar al estallante presente mientras todo, como en mitad de un accidente, está todavía por los aires y colisionando.

Si bien cada segundo de nuestras vidas puede ser el comienzo de algo incierto, lo cierto es que eso, estadísticamente, no es así, y los segundos se parecen a los segundos. Sin embargo, no es insensato ver que hoy sí estamos en una disyuntiva colosal: no en vano el 27 de enero de 2026 el reloj del fin del mundo fue colocado por la comunidad de científicos atómicos a 85 segundos para medianoche: el punto más cercano que la humanidad ha estado de su propio exterminio. Nuestra vida y la del planeta no solo dependen de algunas tecnologías que podrían partir la Tierra en dos, sino de psicópatas con el poder de hacer arder todo lo que de la humanidad valía la pena.

El peligro, estimado lector, es real. Y como la irracionalidad impera, y como los imbéciles moldean la realidad a su imagen y semejanza, como sucios dioses lúmpenes, nosotros buscamos refugio y comunidad en libros, en el lenguaje, en la narrativa y, sobre todo, en los lectores. Estos cuentos quieren decir esta época, y si no prevenirla, al menos dejar claras las coordenadas del derrumbe, para que alguien, en algún futuro improbable, recoja lo que había de bello y no repita los horrores que diezman estos días.

Los cuentos que vienen a continuación ocurren en algún distrito del infierno libertario, en el particular cadalso que se volvió nuestro país bajo el gobierno de Milei. Son muchas las catástrofes que nos llevaron hasta aquí y no son pocas las que faltan. Los cuentos indagan a veces el origen de nuestras calamidades, y otras veces deliran terribles distopías futuras que por desgracia suenan hoy demasiado plausibles. A veces recogen un detalle de la crueldad de estos días, y otras veces señalan la contradicción de nuestros males. Hay algún cuento esperanzado, a qué negarlo: es casi ciencia ficción. Algún cuento se preguntará si el *bullying* que le hicieron al susodicho por ser tan mal arquero

le dio el resentimiento y la locura como para esparcir su daño a nivel nacional, o si las causas no están en un pacto con el diablo.

Todo lo que en el mundo racional era absurdo hoy ha dejado de serlo. Por eso, lector, te pedimos que suspendas tu incredulidad. ¿O acaso es verosímil que te gobierne un panelista de la tele, o que una cosplayer terraplanista maneje un bloque del Congreso, o que una ex pastelera sin aportes tributarios maneje la caja de un país sin haber ni siquiera administrado el consorcio de un PH? Estamos más allá de las literaturas, en la inminencia de cataclismos que ni Philip K. Dick, ni Kafka, ni Orwell pudieron prever, por haberse vuelto nuestros destinos demasiado imbéciles.

Es, por tanto, indispensable que la literatura de hoy dé las respuestas para los conflictos de hoy. Esta antología es nuestro testimonio: así fracasamos. Y lo hacemos con elegancia y altura, porque triunfar en una época miserable sería triste y nos impediría contar el fracaso del mundo que soñamos, el modo en que se rompió y su desmembramiento.

Y no es por eso por lo que no hemos firmado los cuentos. El anonimato obedece a un motivo más sutil: que cada voz sea parte de una voz colectiva, que el tono, la prosa o la desesperación sean, no de alguien, sino un intento de la época por pensarse y darle forma a algo que responda al horror. Los rotos somos un síntoma y no un individuo. Somos, de alguna manera, el rastro de la agonía de una comunidad. Y como hoy lo roto abunda (se rompió el pacto social, la democracia, la economía, el Estado de derecho, el respeto a la inteligencia, el conocimiento y la ciencia, las vicularidades, la posibilidad de un futuro, las cuentas bancarias, la soberanía, la idea de patria, los derechos laborales, los derechos humanos, y, según el presidiendo, los anos de los “mandriles” que reclaman un país soberano), la rotura acaba siendo la distancia que nos une y que nos vincula. Estos cuentos están imantados con la misma tonalidad: la de quienes son barridos del mundo y aúllan mientras caen.



## Pan y queso

Hace mucho calor en Villa Devoto. Y hay suerte. Como justo se cumplen cuatro años del golpe de Estado, esa tarde su padre, feliz con el aniversario, todavía no le pegó y encima lo dejó salir cuando volvió de la escuela.

El pibe no tiene amigos.

Por eso deambula por las calles, medio perdido. Cualquier cosa es mejor que quedarse en casa y sufrir a su viejo.

En la canchita, varios chicos están reunidos alrededor de una pelota. El pibe se queda mirando. De repente, dos de ellos se apartan, van poniendo un pie delante del otro, punta contra talón, de a uno por vez, acercándose, hasta que el rubio más alto pisa al otro con ganas. Entonces el rubio elige primero. El mejor de los que no han hecho el pan y queso, claro. El otro elige segundo y así sucesivamente hasta que, al final, el rubio queda con cinco jugadores de su lado, uno más que su rival.

—Vos, gordo, vení que atajás.

El pibe mira para atrás, también hacia los costados, y no ve a nadie. Evidentemente lo están llamando a él.

—¿Yo?

—Sí, gordo boludo, vos. ¿Cómo te llamás?

—Javier Gerardo.

—Andá al arco.

Contento, el pibe va hacia el arco, se quita la camisa, no le importa que le vean los rollos de la panza: si vuelve sucio la cosa se va a poner difícil en su casa. Tampoco escucha que uno que va a ser parte de su equipo se queja ante el capitán de que el gordo es demasiado petiso, que lo van a cagar a goles. El pibe no escucha. O se hace el que no escucha. Prefiere acomodarse en medio de los tres palos y flexionar apenas sus rodillas.

El partido comienza.

Pierna fuerte, mucho insulto. Todo en mitad de cancha, lejos de los arcos.

El pibe se la cree y eso lo lleva a gritar: que no sean imbéciles, que los contrarios parecen mogólicos, que son muy malos, unos maricones, unos culos rotos, que los pasen por arriba. Solo detiene su verbosidad cuando llega el final del primer tiempo. Entonces cruza por el centro del campo, entre las miradas hostiles de propios y ajenos. Pero no se amilana. Muy por el contrario, se inventa una mirada desafiante, mientras, ayudado de la camisa, se apura a esconder los rollos de la panza.

El segundo tiempo se parece un montón al primero.

Juego cortado e intrascendente.

Y, por supuesto, más gritos del pibe hacia los idiotas de sus compañeros.

Hasta que, de un modo que solo podría describirse como milagroso, tres de los jugadores rivales hilvanan una serie de pases de otro partido y, al final, el rubio, el mismo que había ganado el pan y queso, le pega mordido a la pelota a ocho metros del arco y al pibe, increíblemente, la pelota se le escurre por entre las manos.

Es gol.

Y es el comienzo de un caos, también.

Los contrarios se burlan del gordo y los propios lo quieren matar. Aunque no lo matan, finalmente. Solo deciden que se vaya a la mierda, que prefieren seguir el partido sin arquero.

Lo corren.

Y Javier Gerardo se escapa sin tiempo para agarrar la camisa y sin animarse a volver por ella a pesar de que sabe lo que le espera en su casa. Huye jurando vengarse de esos mandriles.





*No cortés.* Vas a decirle al teléfono en altavoz y con una mano vas a recalentar los fideos y con la otra vas a sostener a Matilde en tu cintura para que se duerma y vas a querer que esa voz que está a punto de decirte *Vos podés, no te dejes vencer* no sea la de tu hija por más que llames todos los días para probar que, aunque lo nieguen, están usando las voces de las muertas. Y cuando la voz del otro lado te diga *contame* y suene exactamente igual a la suya que siempre usaba esa expresión, la olla se va a rebalsar y los fideos se te van a quemar y el aire te va a apuñalar el estómago y vas a vomitar en la bacha con la nena a upa hasta que la voz del 144 se corte por la espera.

*No cortés,* vas a repetir y te vas a desesperar pensando en que tal vez cuando marques nuevamente esa voz ya no sea la de tu hija, que otra muerta te dará las frases motivacionales que la ministra dispuso cuando la ley finalmente se aprobó y desaparecieron las líneas de asistencia porque a las mujeres hay que empoderarlas y correrlas del lugar de víctima y no tuviste tiempo de juntarte con *Las locas* que dicen que esas voces son las de las chicas muertas porque te dan miedo pero siempre les creíste.

Vas a acostar a Matilde en la cama matrimonial, no vas a saber si es ella o sos vos quien necesita compañía desde la noche

en que Catalina salió con el vestido nuevo que le habías comprado después de meses de ahorro. Vas a recordar el momento en el que lo viste, cubierto de sangre y agujeros, veintisiete, las puñaladas que recibió por la cantidad de días que no le respondió un mensaje, y vas a sentir otra vez que la condena de ese pibe no te devuelve la sonrisa de tu hija y vas a querer apuñalarte vos trescientas noventa veces en el pecho por cada día que ella no te dijo *mamá qué asco*, dormida, quejándose de que las harinas eran desayuno de pobres.

Vas a querer despertar a tu marido. Vas a entrar al cuarto de Catalina donde está atrincherado y lo vas a encontrar sentado en la cama mirando la pared y aunque digas *la escuché* él no va a prestarte atención, ni siquiera a levantar la cabeza, y va a tener el mismo temblor en las manos que la vez que intentó matarse y vas a reconocer que lo intentó nuevamente y nuevamente falló y el Estado no va a ayudarte porque no hay camas para quienes quieren morir sin molestar a nadie porque ante todo está la libertad de decidir. Y no vas a poder creer que con ese hombre al que tanto amaste criaste dos hijas preciosas y que él no pudo y vos tuviste que poder, y por eso fuiste sola a hacer la denuncia con las manos ensangrentadas y después sola a presenciar la condena y después sola a llevar flores frescas al nicho más barato que encontraste.

Esa noche te vas a quedar despierta hablando con esa voz que parece viva. Vas a aprenderte todas sus frases de memoria, las vas a anotar en un papel para no olvidarlas. Vas a pasar horas escuchando los mensajes de cada opción hasta que el teléfono se quede sin batería. Te vas a desesperar. Vas a pensar cómo fuiste tan estúpida de no darte cuenta antes. Vas a buscar el cargador y vas a volver a marcar, con miedo a que, ante un nuevo llamado, la voz sea otra, pero nuevamente vas a sentir la puntada en la panza, el aire clavado en la espalda sin llegar a los pulmones: va a ser la de tu hija.

Vas a amanecer en el suelo, el teléfono descargado al lado de tu cabeza y te vas a limpiar la baba de las comisuras y el polvo de la

cara. Vas a ver a tu marido intentando darle la mamadera a la nena y se la vas a arrancar de los brazos, no por miedo de que la mate intencionalmente, pero sospechás de que una vez puso un clonazepam en la leche y por eso la nena durmió casi veinte horas, y vos la arrastraste a tus dos trabajos dormida, hecha una bola.

Vas a vestir a Matilde con un jean elastizado y una remera de Hello Kitty que compraste en la feria de Chacarita la última vez que salieron los cuatro, como una familia normal. La va a haber elegido Catalina, proyectando su propio deseo infantil. Y vos la vas a elegir porque es lo único que queda limpio para vestirla.

Te vas a lavar la cara y te vas a secar las manos con tu propio pelo, emparejándotelo y atándotelo con un rodete hacia atrás. Vas a calzarte a tu hija en la cintura hasta el trabajo, todavía te dejan llevarla así que al menos tenés que demostrar que está presentable y que la cuidás y no respondés nada cuando te preguntan por qué no la metés en el jardín aunque te ven las ojeras y los pómulos huesudos y sepan que el miedo no te permite dejar a tu hijita en ningún otro lugar que no sea a tu lado porque ya conocés el riesgo de que las chicas vivan libremente.

En el camino al hospital vas a volver a marcar mientras Matilde apoya toda su cabeza en tu hombro y sostenés el teléfono con la cabeza girada hacia la izquierda.

–Esto es el 144 –va a decir la voz–. Aquí recordamos que todas las mujeres podemos ser valientes. Si deseás recibir mensajes de aliento, marcá 1; mensajes de relajación, marcá 2; mensajes de religión, marcá 3; mensajes de consejos amorosos, marcá 4; para otros mensajes, marcá 5.

*No cortés*, vas a decir y no vas a recordar qué marcaste, pero sí el dolor exagerado en la boca del estómago, como si la voz de tu hija buscara volver a salir de tu cuerpo, a formarse, a nacer. Va a ser ella. El dolor expandido te lo va a confirmar.

Cuando llegues al hospital el viejo va a estar escuchando la radio y no vas a saber si realmente entiende lo que dicen porque el viejo casi no habla y esa es la razón por la que preferís este trabajo al del shopping y esas chetas de mierda que vienen

a comprarse cremas con las que vos podrías pagar meses de comida de Matilde o un abogado digno que no te niegue que esas voces son las voces de las chicas muertas y que ahora es la de tu hija la que están usando.

Matilde te va a pedir el celular porque el hospital la aburre y ya no sabe qué inventarse tirada en la cama de al lado del viejito al que tenés que limpiarle todo el cuerpo sudado porque las enfermeras son amorosas y te dejan que traigas a Matilde y hasta te dan comida para ella pero a cambio te piden que vos hagas lo que ellas ya no quieren hacer y entonces limpiás la mierda de ese viejo encerrando a la nena en el baño para que no vea los testículos caídos, la espalda lacerada de tanta postración.

Vas a darle el celular por miedo a que el viejo se cabree y te echen, pero vas a usar el teléfono del cuarto porque nadie llama a este viejo si no puede hablar y al hijo no le importa siquiera asegurarse de que te paga y estás ahí y entonces solo vas a escuchar la voz de tu hija que repite *vos podés* y vas a pensar en *Las locas*, en la vez que una se acercó y te advirtió que podía pasarte porque ellas también escucharon la voz de sus hijas diciendo que la vida es maravillosa y hay que vivirla sin miedo.

Para el almuerzo vas a separar las sobras del viejo para vos y vas a esperar que la enfermera de turno traiga un plato extra para Matilde, con eso comerán más tarde. La enfermera y vos casi no van a hablar, pero las ojeras y la tristeza en los ojos van a bastar para entenderse.

Antes de que termine el turno, te vas a maquillar frente al espejo de plástico del baño del hospital. Te vas a poner los tacos de cuerina negros y vas a cargar a Matilde en tu cintura, otra vez.

En el camino al shopping vas a seguir colgada al 144 y Matilde también va a reconocer esa voz, va a hablarle a su hermana y vas a pararte frente a la vidriera de un local para asegurarte que no se note que lloraste un día más y la encargada te diga que así nadie va a confiar en los productos que vendés porque estás impresentable.

La nena se va a quedar escondida debajo del mostrador mientras vos le escribís a *Las locas* y les contás lo que no podés contarle

a nadie y ellas te van a pedir que acciones urgente porque la voz solo dura siete días y vas a dudar de hacer la denuncia porque un poco querés seguir escuchando a tu nenita y te vas a sentir una perversa y después vas a recapacitar. Y cuando una chica con perfume a mil ramos de jazmines te interrumpa para preguntarte por el precio de una crema te vas a equivocar y vas a cobrarle de menos y esa plata te la van a descontar al final del día.

A la salida una de *Las locas* te va a estar esperando en un auto rojo con comida casera y aún tibia porque va a saber que tu vida es un calvario porque ella estuvo en tu situación y te estaba esperando, siempre las esperamos, te va a decir. Y Matilde va a estar feliz de volver a subirse a un auto porque tuviste que vender el tuyo para cubrir los antidepressivos de tu marido y dentro de poco ya ni con eso vas a poder pagarlos.

*La loca* te va a tapar los ojos unas cuadras, por la seguridad de todas, Matilde va a creer que es un juego y va a estar encantada. Cuando llegues a la casa otras *locas* te van a esperar con más comida y teléfonos cargados porque saben que aunque no soportes que usen a tu hija lo único que deseás es escucharla.

Te van a explicar que la denuncia puede tardar meses, pero que la voz solo circula siete días, después aparece otra, por eso tenés que accionar rápido. Solo una logró que la voz de su hija muerta ya no esté rotativa, justo antes del especial de Navidad y Año Nuevo donde ponen las voces de todas las chicas deseando que las familias sean unidas por el corazón del hogar que es la mujer. Vas a pedir escuchar la voz de tu hija otra vez como si tu cuerpo dependiera de ello para calmar el sudor y el mareo y ellas la van a poner en altavoz leyendo un poema escrito por inteligencia artificial basado en posteos de las chicas asesinadas. También usan sus redes, te va a aclarar *la loca* más vieja y vas a prestar atención, nerviosa, para tratar de descifrar una frase de tu hija en medio de todo ese palabrerío.

Te van a pedir que les informes tus movimientos porque a *Las locas* las quieren calladitas y desunidas, son un peligro que trae recuerdos de otras épocas.

Vas a cumplir. Presentarás la denuncia ante un organismo municipal, te van a tratar de antipatria, otros te dirán que estás perdiendo el tiempo y que no podés ir contra lo que eligió el pueblo. Vas a hacer todo sosteniendo a Matilde de una mano y con la oreja pegada al teléfono, escuchando la voz de tu hija asesinada diciendo que todas podemos ser fuertes, que no cortes, y te vas a enojar con ella, la vas a sentir una estúpida, te vas a olvidar que esa voz está programada.

Vas a gritar hasta que por fin alguien te tome la denuncia, van a hacerlo, y también van a quitar tu nombre del padrón de la Gente de Bien. Vas a entender que eso implica que ya nadie va a volver a emplearte. Vas a tener que ser muy cuidadosa en el hospital.

Al día siguiente, después de una noche sin dormir porque otra vez escuchaste a Catalina mientras te limpiabas las lágrimas y te ponías hielo para que no se te hincharan los ojos, vas a levantar a Matilde, todavía calentita y acurrucada entre las sábanas, y la vas a llevar en pijamas, no te vas a dar cuenta hasta que la enfermera te pregunte si la nena está así vestida porque está enferma, te lo pregunte con preocupación, te acuse, casi, de traer una peste al hospital y posiblemente enfermar al viejo. Vas a decir que no, que la nena solo prefirió vestirse así, no vas a contarle que ya no hay más ropa limpia y que ya no podés hacer otra cosa que hablar por teléfono, que la única enferma sos vos y no generarás contagio.

Ese día el viejo va a hablar, te va a pedir que prendas las noticias. Tu cara va a aparecer en apenas minutos de haberla encendido, te van a tratar de machista, de antipatria, y vos no vas a entender cómo fue que llegamos a esto, vas a recordar los días de marchas, los bailes en las calles, la celebración de creer que todavía podíamos cambiar algo. Vas a querer bajar el volumen, pero el viejo va a apretar el botón y la enfermera se hará cargo. Ella también va a haber visto tu cara, todo el hospital lo habrá hecho. Vas a irte con Matilde a cuestras a una plaza a esperar el horario del shopping. Y vas a llamar a *Las locas* para

reclamarles que quién le va a dar de comer a tu hija ahora, que cómo vas a hacer, y aunque traten de calmarte no vas a confiar, vas a sospechar, incluso de que *Las locas* son culpables de todo lo que te está pasando.

Y cuando llegues al shopping con Matilde encastrada y la laves en el baño ya vas a sentir que son muchos los ojos que te miran, con bronca, sobre todo, aunque también encontrarás miradas de pena que pensás que no son hacia vos sino hacia ellos mismos, miradas en las que encontrarás un recuerdo, como los que tantas veces te obligaste a abandonar. Y cuando llegues a tu puesto, esta vez sin maquillaje porque aseaste a Matilde pero vos no pudiste siquiera mirarte a la cara, la encargada te va a estar esperando con el despido impreso para que lo firmes y por supuesto no van a pagarte los días trabajados porque el registro ya les avisó que no estás en la lista de Gente de Bien. Y vos no vas a llorar porque las lágrimas se las reservás a tu chiquita muerta porque sos la única que la llora, solo vas a subir a Matilde a tu cintura y vas a prenderte al teléfono y vas a caminar hasta tu casa marcando la opción 5 para que Catalina te diga *no cortés, esperá* y te lea ese poema sobre la fuerza natural de toda madre, sobre el don, sobre el milagro natural con el que nacemos, y eso va a hacer que las miradas en el subte no sean tan duras y puedas soportar las cuerdas que te separan de tu casa.

Esa noche tu marido te va a mirar con ternura y va a intentar abrazarte y vos vas a sacar un cuchillo del primer cajón de la cocina, por impulso, vas a amenazarlo y él va a volver al cuarto de Catalina y ya jamás saldrá. Y *Las locas* van a llamarte interrumpiendo la voz de tu nena muerta que ahora canta una canción sobre cuán bella es la mujer femenina cuando se sabe cuidar y vas a maldecir a esas Locas de mierda que de tanto llamar sin respuesta van a animarse a ir a tu casa y tocarle el timbre hasta que se cansen de que no les abris ni contestes los papeles que dejarán debajo de la puerta.

Vas a pasar los próximos cinco días encerrada en tu casa, los últimos que te quedan para escucharla y vas a hacer cada cosa

que la voz de tu chiquita muerta proponga porque agregaron una opción que te da ideas para hacerte la vida más hermosa y armar la agenda de toda mamá. Y te va a proponer que después de dejar la casa impecable *la mami pinte junto a sus hijos un paisaje que los haga felices* y Matilde te va a ayudar a fregar y después va a agarrar las pinturas y saltar de alegría y se va a reír fuerte, esa risa que ya habías olvidado que tenía, cuando la dejes meter sus dos muñecas en la bañera y más tarde cuando le des de comer cosas ricas, que es lo que propone la voz de Catalina y vos prepares chocolatada y revuelvas la alacena para encontrar galletitas porque ya no podés cocinar de tan temblorosas que tenés las manos sabiendo que solo faltan unas horas para que la voz de Catalina desaparezca.

Vas a acostarte en tu cama con la mirada hacia el techo, los brazos en cruz, la misma posición en que encontraste vos misma a Catalina cuando nadie más la buscaba y vas a dejar que Matilde se acueste en tu pecho cuando ya esté cansada, en ese mismo lugar donde vas a sentir cada una de las veintisiete puñaladas. En el teléfono Catalina repetirá que sos fuerte, que todas somos fuertes, y vas a entender que el programa funciona, cómo negarlo, y vas a pedir que la nena siga hablando, que diga que sos una buena mamá, que lo estás haciendo bien, que vos podés, que no cortes, no cortes, mi amor, mi chiquita, no me dejes tan sola, no te vuelvas a morir.

FACTOTUM  
EDICIONES